



arte

El libro de Roland Penrose sobre Picasso

LA traducción de este conocido libro de Roland Penrose sobre Picasso sale en la nueva versión de ahora, ampliado, revisado y puesto al día después de la muerte del pintor y en el momento más oportuno, por las conocidas efemérides picassianas que vive nuestro país. El libro está avalado en gran medida por los contactos directos del autor con el artista. Trato frecuentado sobre todo en los últimos veinte años, uno de los períodos más preocupantes del abigarrado mundo artístico de Picasso, con muchas cosas por elucidar, y mucho más todavía después de leer este libro en su actual versión. Con todo, el cúmulo de anécdotas y noticias que en él se recogen de primera mano resulta insoslayable, aparte de exposiciones de hitos y aspectos bastante intrincados en la trayectoria artística de Picasso, como, por ejemplo, en torno a la célebre «Crucifixión», de 1930, o sobre «Los tres bailarines», de 1925 —por más señas, flamencos—, que, para Picasso, según confesó al autor, entraña artísticamente mucha más trascendencia que el «Guernica». La prefiere porque es «una pintura más real... una pintura en sí misma, sin consideraciones externas», lo que pone en evidencia, entre otras cosas, la importancia que da el artista a su concepción del arte como escritura singular, en lo que Penrose no se aclara.

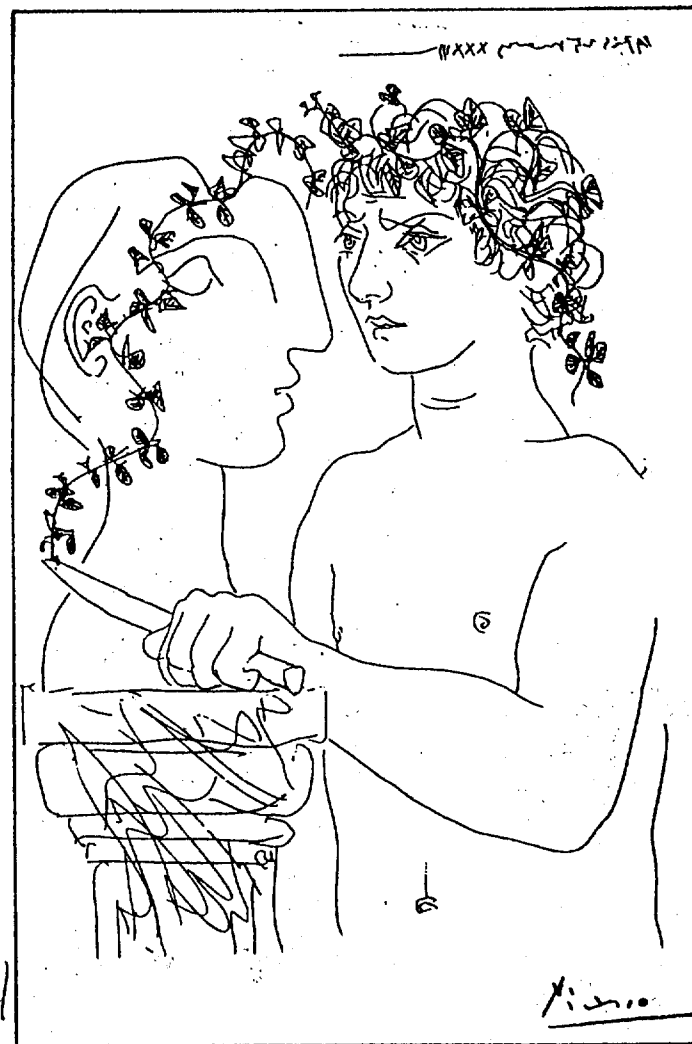
Sin embargo, este libro, más bien denso, aunque ordenado en su exposición eminentemente cronológica, enriquecido con información de primera mano, por los presupuestos teóricos con que está escrito y por la órbita en que se mueve —con docilidad a veces casi de bulldog, aunque su autor no deje de roer suavemente los huesos que le deja Picasso—, es uno más, entre los más logrados, de los que de boca en boca se rinden sin reservas ante ese volcán en continua erupción que es nuestro artista. Está concebido con una sumisión de ánimo que, por principio, casi resulta inconcebible entre los españoles impuestos en la materia. Y no es que ello prejuzgue entre nosotros una pasión menos ardorosa o noble. Sólo que, admirando y queriendo como sinceramente se suele querer a Picasso en nuestras latitudes, no entran tan fácilmente por el aro, ni, por supuesto, comulgan con tanta faci-

lidad con piedras de molino. Sobre todo cuando, por ejemplo, están en litigio cuestiones tan centrales como las relaciones entre arte y escritura, o la concepción de una segunda realidad o lo que por sí solo plantea la espontaneidad cuando, sin más, se le confiere carta de recibo en la creación artística, o se infravalora equivoca o radicalmente el asunto, aparte de lo que el autor nos dice del erotismo o de la realidad española, sin que entre de lleno en las cuestiones más controvertidas del lenguaje pictórico de Picasso. Aspectos algunos de ellos que, sin duda, desbordan el cometido del libro, pero las indicaciones que hace en ese sentido el autor son suficientemente reveladoras. Tal vez sus querencias surrealistas están más presentes en el ánimo de sir Roland Algren Penrose de lo que él mismo y seguramente muchos lectores sospechan. Digamos, de paso,

que después de lo que ha escrito Lafuente Ferrari en el prólogo del libro del familiar de Picasso Ricardo Huellín y Ruiz-Blasco, publicado en 1976 por la «Revista de Occidente», no puede seguir hablándose sin las debidas matizaciones de los documents iconographiques de Sabartés, uno de los libros más entrañablemente españoles de toda la bibliografía picassiana, aunque la versión suiza aventaje en su presentación, profusión de documentos y textos, a pie de las reproducciones, que no tiene la edición española.

Bien venido todo lo que enriquece de alguna manera la ya tan rica bibliografía de Picasso. Sin duda ha sido últimamente una de las pocas figuras, entre las más famosas, en que el mundo ha fijado su atención y esto, inevitablemente, a través de las cosas de España. A Picasso se le puede ver también con otros ojos, al menos como estamos acostumbrados los españoles desde las tan variadas versiones de D'Ors y Ramón Gómez de la Serna, pasando por la de Camón o Guillermo de la Torre, aunque entre los intérpretes más jóvenes vaya cundiendo un papanatismo intolérable, pero, con todo, más allá o más acá de los diagramas tipo Penrose, o de tantos otros que se mueven en una línea similar. Lenguaje que se echa tanto de menos en estos autores, tan dóciles, precisamente ante quien es el pintor rebelde o revolucionario por antonomasia.

Más que docilidad, Picasso, que nunca tuvo a su lado discípulos, consideraba que en esta época de pobreza moral, lo fun-



damental es despertar el entusiasmo. Creemos que se trata de un pintor de tal calibre que a medida que se circunscribe a su realidad incuestionable despertará de mejor modo ese amor ardiente de que habla Penrose, sin el cual ninguna vida y, en conse-

cuencia, ningún arte posee significado.

V. MARRERO

Roland Penrose: Picasso, su vida y su obra. Editorial Argos Vergara, S. A. Barcelona, 1981.